

en él se encierran! ... Y, sin embargo, ese libro que trata de todas las cosas y que se nos ofrece como infalible sobre todas ellas, hállese expuesto, desde hace tres mil años, á la contradicción de los hombres, sin que haya sido posible notar, hasta hoy, en él, sobre un solo punto, un solo error ó una equivocación la más insignificante. ¡Cuántas veces los cálculos, las investigaciones y los pretensiosos descubrimientos de los sabios han venido á estrellarse en el decurso de los siglos, contra las bases establecidas por dicho libro! Y aun en nuestros días, ¿no se han visto obligadas una vez más todas las ciencias sublevadas por una filosofía audaz, á prosternarse ante los oráculos de Moisés, impugnados, siempre en vano, por la más ruidosa y soberbia rebeldía?»

Con razón el sapientísimo León XIII, en su luminosa Encíclica sobre el estudio de la Escritura, encarece á los católicos que «cultiven las Sagradas Letras con respeto y piedad vivísimos. Pero su inteligencia no puede obtenerse como conviene y de una manera saludable, si no echan fuera la arrogancia de la ciencia terrenal, y si no emprenden con ardor el estudio de *esa sabiduría que viene de lo alto*. Una vez iniciado en esta ciencia, iluminado y robustecido por ella, el espíritu tendrá un poder asombroso para reconocer y evitar los errores de la ciencia humana, así como para cosechar sus frutos sólidos y enderezarlos á los intereses eternos. El alma se encaminará de este modo con mayor ardor por la senda de la virtud, y estará con mayor viveza animada del amor divino. «Dichosos los que averiguan sus testimonios y los guardan con todo su corazón! ... En las Escrituras se ve viva y palpitante la imagen del Hijo de Dios, y este espectáculo alivia los males de un modo admirable, exhorta á la virtud é invita al amor divino.... Y si se buscan preceptos relativos á las buenas costumbres, y al gobierno de la vida, los hombres apostólicos encontrarán en la Biblia prescripciones llenas de santidad, exhortaciones en que se hallan maravillosamente reunidas la suavidad y la fuerza, notables ejemplos de todas las virtudes, á los que se añaden la promesa de las recompensas eternas

y el anuncio de las penas del otro mundo; promesa y anuncio hechos en nombre de Dios y con el apoyo de sus palabras.»¹

CAPÍTULO OCTAVO.

LOS SANTOS PADRES, LOS APOLOGISTAS Y LOS ORADORES SAGRADOS.

1. Utilidad del estudio de las obras de los santos Padres.— 2. Juicio de Bossuet y de otros escritores acerca de los santos Padres.— 3. Los apologistas cristianos: servicios que han prestado á la Iglesia y á las ciencias con sus escritos.— 4. Poder de la oratoria y su influjo en la cultura de los pueblos.— 5. Males y bienes que ha causado.— 6. Paralelo entre la elocuencia cristiana y la pagana.— 7. Móviles de la oratoria sagrada y triunfos que ha obtenido.— 8. Juicio del Padre Didon sobre la predicación de nuestro Señor Jesucristo.

1. Utilidad del estudio de las obras de los santos Padres.— Después de la Sagrada Escritura, que es *libro divino*, ocupan el primer lugar entre las producciones del ingenio humano las de los santos Padres, quienes sobresalen por su profunda ciencia y admirable virtud; de modo que sus obras forman un arsenal de útiles y variados comien-

¹ «Omnes alumnos et administratos Ecclesie paterna caritate admonemus, ut ad sacras Litteras adeant summo semper affectu reverentiae et pietatis: nequam enim ipsarum intelligentia salutariter ut opus est patere potest, nisi remota scientiae terrene arrogantia, studioque sancte excitatio eius *que deorsum est sapientie*. Cuius in disciplinam semel admissa mens, atque inde illustrata et roborata, mire valebit, ut etiam humanae scientiae quae sunt fraudes dignoscatur et vitet, qui sunt solidi fructus percipiat et ad aeterna referat: inde potissime exardescens animus, ad emolumenta virtutis et divini amoris spiritu vehementer contendat: *Beati qui scribantur testimonia eius, in toto corde exquirunt eum* (Ps. XVIII, 2)... A Scripturis nimium exstat, veluti vira et spirans, imago Christi, ex qua levatio malorum, cohortatio virtutum, amoris divini invitatio mirifice prorsus diffunditur... Quosdam de vitae morumque conformatione et disciplina quaeratur, larga indidem et optima subsidia habituri sunt viri apostolici: plena sanctitatis praescripta, suavitate et vi condita hortamenta, exempla in omni virtutum genere insignia; gravissima accedit, ipsius Dei nomen et verbis, praemiorum in aeternitate promissio, denuntiatio poenarum» (Encycl. *Procerentissimus Deus*).

tos, á que es preciso acudir para conocer y profundizar las admirables enseñanzas contenidas en la Biblia. Indudablemente los escritos de aquellos insignes varones son los monumentos más sorprendentes de la inteligencia ilustrada por la fe, y después de los apóstoles han sido, por decirlo así, según la frase de San Agustín, «los jardineros de la Iglesia, sus constructores y pastores que la han alimentado y hecho crecer»¹.

Aun cuando las obras de los santos Padres, y de los apolo-
logistas, deban ser principalmente estudiadas por el clero, no por eso las han de echar en olvido los seculares, si desean poseer á fondo la ciencia de la religión y aun aprovechar en otros ramos del saber. Justo es, por tanto, después de haber hablado de la Biblia, decir algo de los escritos de aquellos eximios autores, para que la juventud los estime cual se merecen y procure consultarlos ó siquiera hojearlos algunas veces. En todo tiempo han acudido á ellos los escritores católicos, sean ó no miembros del clero, como á una fuente inagotable de sabiduría cristiana y como á guías seguros para la acertada resolución de las más arduas cuestiones del orden social y religioso. Si se recorren, por ejemplo, las obras de Augusto Nicolás, de Hauterive, Donoso Cortés, Menéndez y Pelayo y otros sabios escritores católicos de nuestros tiempos, se verá patente el gran provecho que han sacado del estudio de los santos Padres.

Mediante el estudio constante de la Biblia y la santidad de su vida, adquirieron estos últimos una asombrosa erudición sagrada, é interpretaron con acierto la doctrina revelada; por lo que la Iglesia los considera como sustentáculos del edificio religioso, como maestros y conductores suscitados por Dios para ilustrarla y defenderla con la luz de su ciencia y el admirable esfuerzo de sus virtudes.

He aquí el juicio de León XIII acerca de la fructuosísima labor realizada por los Padres y Doctores de la Iglesia:

¹ «Iam vero ss. Patrum, quibus 'post apostolos, sancta Ecclesia plantatoribus, riguratoribus, edificatoribus, pastoribus, nutritoribus crevit' (S. Aug., Contra Julian. II, 10, 37), summa auctoritas est' (Encycl. *Providentissimus Deus*).

«Todos los hombres notables por la santidad de su vida y por su ciencia en las verdades divinas, han sido siempre muy asiduos en el estudio de las Santas Escrituras. Los discípulos más inmediatos de los apóstoles, entre los que citaremos á Clemente de Roma, Ignacio de Antioquia, Policarpo; todos los apolo-
gistas, especialmente Justino é Ireneo, han encaminado los argumentos de sus cartas y de sus libros á la conservación ó á la propagación de los dogmas divinos, difundiendo la doctrina, la fuerza y la piedad de los Libros Santos. En las escuelas de catecismo y de filosofía que se fundaron en la jurisdicción de muchas sedes episcopales, y entre las que figuran como más célebres las de Antioquia y Alejandria, la enseñanza no consistía, por decirlo así, sino en la lectura, explicación y defensa de la palabra de Dios escrita. De éstas salieron la mayor parte de los santos Padres y Escritores, cuyos profundos estudios y notables obras se sucedieron, durante tres siglos, con tan grande abundancia, que este período fué llamado la edad de oro de la exégesis bíblica.

«Entre los de Oriente, el primer puesto corresponde á Orígenes, hombre admirable por la rápida concepción de su entendimiento y por sus trabajos no interrumpidos. En sus numerosas obras y en sus inmensas *Hexaplas*, puede decirse se han inspirado casi todos sus sucesores. Entre los muchos que han extendido los límites de esta ciencia, es preciso enumerar como á más eminentes: en Alejandria, á Clemente y á Cirilo; en Palestina, á Eusebio y al segundo Cirilo; en Capadocia, á Basilio el Grande, á Gregorio Nacianceno y á Gregorio de Nisa; y en Antioquia, á Juan Crisóstomo, en quien, á una notable erudición, se unió la más elevada elocuencia.

«La Iglesia de Occidente no ha adquirido menores títulos de gloria. Entre los muchos Doctores que se han distinguido en ella, son ilustres los nombres de Tertuliano y de Cipriano, de Hilario y de Ambrosio, de León Magno y de Gregorio el Grande; pero sobre todo los de Agustín y de Jerónimo. El uno demuestra su penetración admirable en la interpretación de la palabra de Dios y su consumada habilidad en

deducir de ella defensas para la verdad católica; el otro, por su conocimiento extraordinario de la Biblia y por sus magníficos trabajos sobre los Libros Santos, ha sido honrado por la Iglesia con el título de Doctor Máximo.»¹

¿Quiénes eran los santos Padres? pregunta un distinguido escritor moderno². Hombres de fe viva, adornados de conocimientos sagrados y profanos, inflamados en el fuego de la caridad divina y ávidos de extender el reinado de Jesucristo en los corazones. Órganos por los que se transmite la teología dogmática en una forma clara, sencilla y asequible á todos. Hombres de su época, filósofos distinguidos, en cuyos escritos, la historia, la mística, la filosofía, hasta la cronología y la geografía encuentran fuentes seguras de solidísima ilustración. Eminentos escritores, cuyas voluminosas obras no puede soportar en modo alguno nuestro siglo positivista y ateo.

Para apreciar debidamente su mérito, dice Perujo, es preciso tener en cuenta el tiempo y el país en que escribieron y las circunstancias en que se hallaban colocados. Además de atender á las necesidades de sus respectivas iglesias, á las consultas de los fieles, á la predicación y á la enseñanza; hallaron todavía tiempo para escribir las grandes obras cuyos volúmenes nos dejan atónitos, considerando que no escribían sino cuando lo exigía la necesidad. Es necesario también compararlos con los más célebres entre sus contemporáneos; á Orígenes con Celso, á San Ambrosio con Simmaco, á San Basilio con Libanio; y entonces se verá cuán superiores fueron á su siglo³.

«Sus obras», añade el erudito Padre Zugasti⁴, «son un arsenal de conocimientos y preciosidades en todos los estilos y en todas las formas que cultivaron, y suministran modelos para todos los asuntos. Unos Padres se distinguen por la agudeza de su ingenio, otros por la fuerza de su lógica; éstos por la elevación de pensamientos, aquéllos por la brillantez de las

imágenes, los otros por la dulzura y el celo. En unos se observa un estilo cortado, lacónico y fuerte; en otros fluido y cadencioso; en otros grave y majestuoso, de un sabor apostólico y de la más vasta erudición. Al mismo tiempo que guardan íntegro y en toda su pureza el depósito de la fe, dejan volar libremente su razón en las cosas opinables, como verdaderos filósofos....

«Responded vosotros, los que os preciáis de versados en la historia: Antes de los modernos descubrimientos egipciológicos y asiriológicos, antes de que se conociera la escritura cuneiforme, ¿quién derramó torrentes de luz sobre la historia de estas regiones y nos conservó los escritos de Beroso, las dinastías de Manetón y demás fuentes históricas de aquellos tiempos, sino el escritor eclesiástico Eusebio de Cesarea? Respondan los literatos y poetas: ¿Quién igualó en elocuencia á los santos Crisóstomo y Crisólogo, ó en poética inspiración á San Dámaso, Prudencio y el Nacianceno, ó en vigor y nervio filosófico á San León, Tertuliano y San Juan Damasceno? Respondan los amigos de la filosofía de la historia y los admiradores de lo sublime: ¿Quién abrió una nueva senda á la historia como San Agustín en sus famosos libros de *Civitate Dei*, verdadera y admirable filosofía histórica? ó, subiendo en alas de su inspiración hasta el trono de la Divinidad, ¿quién pintó como él en sus libros contra Pelagio, con tan brillante y sorprendente colorido, la armonía que contemplara entre la presciencia divina y el humano albedrío? Respondan, en fin, los que se precian de eruditos: ¿Quién superó en ese género de estudios, que tanto agrada, al español San Isidoro, que recopiló en sus *Etimologías* toda la enciclopedia del saber humano? ¡Ah! convengamos en que no sabe lo que dice quien, al leer á los santos Padres, diga que la Iglesia pone obstáculos á la ciencia.»

Y no solamente han descollado los santos Padres y Doctores en las ciencias sagradas, sino también en las profanas, que les sirvieron de poderosos auxiliares para la interpretación de las Escrituras y la refutación de varios errores y sofismas que se presentaron contra la doctrina revelada. Entre otras, las obras de San Agustín y de Santo Tomás de

¹ Encicl. *Providentissimus Deus*.

² Suárez *Negón*, Estudio de los Padres.

³ Diccionario de ciencias eclesiásticas, art. «Padres».

⁴ «La ciencia y la Iglesia católica».

Aquino constituyen una verdadera enciclopedia, en que se contienen aun muchos de los conocimientos útiles de la ciencia y filosofía paganas. Adelantándose con su colosal ingenio al tiempo en que vivieron, hicieron progresar no poco á varias de las ciencias naturales, y sus libros serian consultados con provecho por cuantos buscan las verdades científicas. También la refutación de las herejías, inventadas muchas veces por hombres suspicaces y de talento, que pretendían apoyarse en el dictamen de la razón y en las leyes de la naturaleza, obligaron á los Padres y Doctores á dedicarse á profundos y vastos estudios, no sólo en el terreno de la teología y de la metafísica, sino también en el de la historia, la filología, la geología y otras ciencias naturales.

2. Juicio de Bossuet y de otros escritores acerca de los santos Padres. — «Cualquiera que desee llegar á ser hábil teólogo ó sólido intérprete, lea y relea los Padres», dice Bossuet¹. «Si encuentra en los modernos, algunas veces, más menudencias, hallará de ordinario en un solo libro de los Padres más principios, más savia y doctrina del cristianismo que en muchos volúmenes de los nuevos intérpretes; y la substancia que sacará de las antiguas tradiciones, le recompensará con mucha abundancia de todo el tiempo empleado en esta lectura. . . Estos grandes hombres se alimentaron de ese trigo de los escogidos, de esa pura substancia de la religión; y, llenos del espíritu primitivo que recibieron de más cerca y con mayor abundancia de la fuente misma, lo que de ordinario se les escapa y sale naturalmente de su plenitud, es más nutritivo que lo que después se ha meditado.»

«Los Padres», observa á su vez Fenelón², «eran espíritus muy elevados, grandes almas llenas de sentimientos heroicos, personas que tenían una experiencia maravillosa de los hombres y sus costumbres, que habían adquirido grande autoridad y facilidad de hablar. Se nota que eran muy cultos, es decir, que estaban completamente instruídos en todas las

¹ «Defensa de la Tradición y de los santos Padres».

² Dialogues sur l'éloquence.

exigencias del decoro, sea al escribir, sea al hablar en público, al conversar familiarmente y cumplir todas las funciones de la vida civil. Sin duda, todo esto les hacía muy elocuentes y á propósito para atraer á los hombres. Por ello, encuéntrase en sus escritos una delicadeza, no sólo de palabras, sino de sentimientos y costumbres, que no se halla en los escritores de los siglos siguientes, delicadeza que, conciliada muy bien con la simplicidad, los hace agradables é insinuantes y produce grandes ventajas á la religión.»

«Los Padres son, indudablemente, quienes han sacado más provecho del estudio de los Libros Santos», dice el abate Pinard¹. «Se ha dicho, y con razón, que si desaparecieran las Escrituras, se las encontraría en las obras de aquéllos. La Biblia es oro puro, semejante al que la naturaleza produce en el seno de la tierra para excitar la industria y el trabajo del hombre; este oro extraído de la mina, mezclado con metales preciosos, pulido, dispuesto de modo que pueda impresionar más agradablemente nuestras miradas; he ahí á lo que podemos comparar las obras de los Padres.»

«Cuando compulsamos hoy día esos pesados *infolios* en que fueron recogidos sus pensamientos, nos sentimos como anonadados bajo el peso de tanto trabajo. Estos hombres, si no inspirados, asistidos cuando menos por el Espíritu Divino, son para nosotros, en el orden moral, lo que son en el orden físico los héroes de Homero: nos parecen de una estatura colosal, al compararlos con nuestra pequeñez. Además, las circunstancias en que se hallaron, contribuyeron maravillosamente al desarrollo de sus excelentes disposiciones. Ellos vivieron en un tiempo en que la tierra, calentada por el soplo de Dios, no se había aun enfriado. Se nota en sus pensamientos cierto fuego divino, semejante al de los Libros Santos, que con frecuencia citan en sus obras. Entreato por un instante el cielo, para iluminar el mundo, sumido hace mucho tiempo en las tinieblas, no se había cerrado completamente; y pudieron los Padres escribir á la luz de las últimas claridades que despedía aún la antorcha divina. Si dirigían

¹ Le génie du catholicisme.

miradas hacia la tierra, la veían bañada, por decirlo así, con la sangre de los cristianos.»

3. Los apologistas cristianos: servicios que han prestado a la Iglesia y a las ciencias con sus escritos.— Á su vez, los apologistas han contribuido mucho á la defensa de la verdad católica y aun al progreso de las ciencias, siendo el estudio de sus obras poderoso para la cultura del entendimiento. Desde San Justino y San Ireneo hasta Balmes, Donoso Cortés, De Maistre, Bonald, Augusto Nicolás, Duilhé de Saint-Projet, Hettinger, etc., cuenta el cristianismo con muchos escritores versadísimos, á más de la ciencia sagrada, en historia, filosofía, literatura, controversia, ciencias naturales, etc.

«Así como Dios, en su admirable Providencia», dice León XIII¹; «suscitó para la defensa de la Iglesia contra la crueldad de los tiranos, mártires heroicos y decididamente pródigos de su sangre; así también á los sofistas y herejes opuso hombres de profunda sabiduría, que tuvieron cuidado de defender, aun con el auxilio de la razón humana, el tesoro de las verdades reveladas.... Contra los favorecedores de doctrinas insensatas se presentaron hombres sabios, conocidos con el nombre de *apologistas*, quienes, guiados por la fe, probaron con oportunos argumentos tomados de la ciencia humana, que se debe adorar á un solo Dios, poseedor en sumo grado de toda clase de perfecciones; que todas las cosas han salido de la nada por su omnipotencia, subsisten por su sabiduría y son movidas por ella y dirigidas hacia su propio fin.

«El primer lugar, entre los apologistas, corresponde al mártir San Justino. Después de haber recurrido, como para probarlas, las más célebres de las escuelas griegas; después de haberse convencido que no se puede encontrar la verdad completa sino en las doctrinas reveladas, Justino se adhirió á ellas con todo el ardor de su alma, las justificó de las calumnias con que se las afeaba, las defendió ante los emperadores romanos con grande vigor y abundancia de razones, y mostró el acuerdo que, con frecuencia, existe entre

¹ Encicl. *Æterni Patrú.*

ellas y las doctrinas de los filósofos paganos. En la misma época, Cuadrato y Aristides, Hermias y Atenágoras siguieron, con buen éxito, el mismo camino. Esta causa suscitó un defensor no menos ilustre en la persona del invencible mártir Ireneo, pontífice de la Iglesia de Lión, quien refutó con vigor las opiniones perversas traídas del oriente por los gnósticos y diseminadas por todo el imperio.... Todos conocen las controversias sostenidas por Clemente de Alejandría...., quien escribió sobre muchísimos asuntos, cosas muy útiles acerca de la historia de la filosofía, del arte y el ejercicio de la dialéctica, de la armonía entre la fe y la razón.... Amobio, en sus *libros contra los gentiles*, y Lactancio en sus *Instituciones divinas*, emplean un vigor y elocuencia igual á su celo, para inculcar á los hombres los dogmas y preceptos de la sabiduría católica.... Los escritos que el grande Atanasio y el Crisóstomo, príncipe de los oradores, nos han dejado sobre el alma humana, los atributos divinos y otras cuestiones de suma importancia, son, á juicio de todos, de tal perfección, que parece imposible añadir nada á su riqueza y profundidad.

«Pero la palma parece pertenecer, entre todos, á San Agustín, genio portentoso que penetró á fondo todas las ciencias divinas y humanas, y que, armado de fe vivísima y de una doctrina no menos notable, combatió sin desmayar todos los errores de su época. Siguen los Doctores de la edad media, llamados escolásticos, quienes recogieron con cuidado las ricas y abundantes mieses de doctrina, esparcidas aquí y allá en las obras de los Padres, formando como un solo tesoro para el uso y comodidad de las generaciones futuras.... Pero, sobre todo, dos famosos Doctores, el angélico Santo Tomás y el seráfico San Buenaventura...., con su talento incomparable, estudio asiduo, grandes trabajos y vigiliias, cultivaron la teología escolástica, la enriquecieron legándola á la posteridad, dispuesta en un orden perfecto, amplia y admirablemente desarrollado, como dice el Papa Sixto V.»

4. Poder de la oratoria y su influjo en la cultura de los pueblos.— La elocuencia influye poderosamente en la vida de los pueblos, para moralizarlos y enalte-

cerlos. Si se refiere la fábula que á los acordes de la lira de Orfeo se amansaban las fieras, prodigioso es también el poder de la elocuencia que conmueve las fibras más secretas del corazón, agita ó calma á las muchedumbres y las impulsa á realizar acciones sorprendentes. Por esto ejerce mayor influjo en los ánimos el orador que comunica directamente sus impresiones al auditorio, que el escritor que, fríamente, confía sus conceptos al papel. «El orador habla tres lenguas á la vez», dice el Padre Longhayne¹, «la de los sonidos articulados, la de la voz, la de la acción; y todas tres completan el poder de la palabra, abriendo todas las salidas del alma, y derramándola, en cierto modo, por todas partes. El orador es más que el escritor, porque puede llevar más lejos la aplicación de la primera ley literaria, que hace concurrir todas las facultades á la obra común. Su razón vigorosa y perspicaz guía la nuestra por entre el dédalo de nociones que se deben comparar; su imaginación nos las vuelve casi visibles; su voluntad nos eleva, y su sensibilidad nos conmueve. Es un alma lo que palpita en su lenguaje, ó, mejor dicho, que canta en su voz, que se transparenta en los ojos, y se revela en el gesto y en la actitud. Entonces tenemos la palabra completa y verdaderamente soberana; pues el hombre que la escucha, es dominado por ella por completo.

«La elocuencia es el don más vasto y prodigioso que la naturaleza puede conceder al hombre. Los otros dones pueden, en rigor, existir separadamente: la elocuencia elevada al más alto grado, los supone todos, ó por lo menos á casi todos reunidos. . . . Ella es todo el hombre, y exige el ejercicio simultáneo de todas las facultades.

«Hay en la elocuencia una virtud prodigiosa, casi divina. Dios creó el mundo, no por medio del pensamiento, sino por la palabra: *Dixit, et facta sunt*. Asimismo, no es por el pensamiento, sino por la palabra, cómo el hombre, formado á imagen de Dios, ejerce sobre la creación su autoridad soberana. Por la palabra amansa y dirige á los animales; por la palabra domina también á sus semejantes. Un orador

¹ Théorie des belles-lettres.

digno verdaderamente de este nombre, un Demóstenes, un Bernardo, puede conducir al pueblo más altivo y caprichoso con la misma facilidad que un hábil jinete guía á un caballo fogoso. Se acerca con precaución, lo acaricia, lo halaga y le impone al mismo tiempo el freno saludable. El orador dice á la muchedumbre: ¡*detente!* y queda inmóvil; ¡*avanza!* y se precipita; ¡*venela!* al otro lado de los mares, á través de los mayores peligros! ¡*prodiga!* tu oro y tu sangre sobre una playa árida y desierta: perecerás acaso, pero perecerás con gloria, y los tuyos serán salvados! Y la muchedumbre, antes de responder, se apresura á obedecer.»¹

5. Males y bienes que ha causado la elocuencia.—Como la palabra es la expresión ó manifestación externa de los afectos y sentimientos interiores del alma, viene á ser arma de dos filos, que puede servir ó al bien ó al mal. Por esto, cuando la oratoria ha patrocinado el error y el crimen, ha pervertido, en todo tiempo, las ideas y corrompido las costumbres. Especialmente en la antigüedad, estuvo tan viciado el uso de la palabra, que, como lo nota un escritor, «fué preciso prohibir la oratoria en el Areópago y en otras asambleas públicas, por temor de que se le emplease en impugnar la verdad y la justicia»². En los tiempos modernos, los discursos incendiarios de Mirabeau, Danton, Robespierre, etc., dieron origen, á fines del siglo antepasado, á la revolución francesa, la más sangrienta quizás y destructora que registran los anales de la humanidad.

En nuestros días las arengas de Gambetta, de Rochefort, Bebel, etc., han producido los horrores de la *comuna* y los trastornos del socialismo y el anarquismo. «Acontece muchas veces», según observa Laurentie, «que en la tribuna, desde donde debe partir el rayo que hiera á los tiranos y pulverice los errores, se vale el orador de la autoridad de su talento para proteger la bajeza y amparar la iniquidad. La elocuencia es un arma que produce efectos contrarios: ha fundado ciudades, y destruído imperios; guiado á los pueblos, ó corrompido á las sociedades.»

¹ Pinard l. c.

² Bravo y Tudeña, Tratado de la predicación cristiana.

La oratoria, debidamente dirigida y empleada, ha contribuido siempre con eficacia á extirpar el error y el vicio, y defender la verdad, á infundir hábitos virtuosos, á morigerar é instruir á las masas. Prueba de ello es la conversión del linaje humano, de la gentilidad al cristianismo, por la fuerza irresistible de la predicación apostólica. En los lugares en que fué anunciado el evangelio, cayeron luego los idolos en pedazos, desapareció la esclavitud, se dulcificaron las costumbres, se hicieron frecuentes las acciones heroicas; y la caridad, resumen de la enseñanza católica, hizo de toda la humanidad una sola familia, cuyos miembros tienen igual origen y aspiran al mismo premio: la eterna bienaventuranza.

6. Paralelo entre la elocuencia cristiana y la pagana.— Como muy bien dice Bravo y Tudela¹, «los pueblos antiguos, á pesar de que tuvieron la dicha de oír á Demóstenes y de aplaudir á Cicerón, no pudieron dar un paso en la senda de la verdadera prosperidad, porque las doctrinas paganas no podían disipar las tinieblas del error, ni sacar á la humanidad del cieno en que le sumiera la corrupción.» ¿Cómo podían, en efecto, los oradores paganos inculcar la humildad, el olvido de las injurias, el amor desinteresado á la patria y al prójimo, el menosprecio de las riquezas, la continencia y la virginidad, la caridad, en fin, y el sacrificio, origen de cuanto grande y heroico admiramos en el mundo cristiano; si el paganismo defendía y enseñaba la soberbia, el odio al enemigo, el amor al placer y las riquezas, el infanticidio, la esclavitud, el derecho del fuerte sobre el débil; si desconocía, en una palabra, las nociones fundamentales del orden y la moralidad, sin las cuales es imposible la buena organización de la familia y del Estado?

Haciendo Federico Ozanam un paralelo entre la elocuencia cristiana y la pagana, dice²:

«Los antiguos habían dado á la palabra humana el más grandioso pedestal; habían levantado la tribuna en medio del *Agorá* ó del *Foro*, desde donde dominaba esas ciudades inteligentes y apasionadas, cuya conquista era el

¹ L. c.² L'Eloquence chrétienne, 16^{me} leçon.

precio de la palabra victoriosa. Difícil era honrar más una cosa humana: el cristianismo la honró aun más. Levantó una cátedra, un *segundo altar*, por decirlo así, en el santuario; y se vió entonces lo que el paganismo no había visto jamás: la simple prosa y sin adorno, en medio de los misterios. Es cierto que, por esto mismo, se operaba un cambio en la palabra: dejaba de ser un espectáculo para ser una enseñanza; su fin no era halagar los sentidos, sino iluminar los espíritus y conmovier los corazones. He ahí por qué, en la elocuencia cristiana, la acción casi desaparecerá por completo: ¿ni cómo exigir acción de esos obispos que, sentados y casi inmóviles en su trono pontifical, en el fondo del ábside, se dirigen á una multitud compuesta de pobres, de esclavos, de mujeres, de gentes que no conocen las delicadezas antiguas de la declamación griega ó romana?...

«Desde los comienzos de la elocuencia cristiana se notó en ella una separación profunda de las teorías y del arte de la antigüedad, así como no sé qué de original que conmueve á los hombres y es verdaderamente el secreto de sus triunfos. Ved á San Pablo en medio de esa muchedumbre de griegos tan refinados: ¡cómo desprecia el miserable auxilio de la palabra humana! ¡cómo hace poco caso de las sublimidades del lenguaje! Profesa no saber sino una sola cosa: á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado; pero este hombre, que parece sin cultura, tiene recursos que no conocían sus oyentes del Aréopago, como observa San Jerónimo, y sus palabras inesperadas, bruscas, poco estudiadas, hieren no obstante como rayos.»

7. Móviles de la oratoria sagrada y triunfos que ha obtenido.— En la elocuencia, como en lo demás, ha obtenido el cristianismo espléndidos triunfos, y sus oradores tienen que ser consultados por cuantos buscan doctrina pura y substanciosa, ataviada con las galas y atractivos del lenguaje. Tres son los deberes del orador, según San Agustín: enseñar, convencer y agradar: *Ut veritas doceat, ut veritas moveat, ut veritas placeat*; triple obligación que ha cumplido á maravilla la oratoria sagrada, que siempre se inspira en la verdad, enseña al hombre la ciencia de bien obrar,

ilumina su inteligencia con la fe, mueve y deleita su corazón con las austeras á la vez que atractivas máximas de la religión. — San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Gregorio de Nacianzo, San Hilario, San Bernardo, Bossuet, Massillon, Bourdaloue, Lacordaire y otros muchos príncipes de la oratoria sagrada, manifiestan el poder de la palabra evangélica, por cuyo medio ellos, á semejanza de San Pablo, sacaron del fondo de su corazón los afectos más inflamados y elevaron á sus oyentes desde la tierra al cielo¹.

La eficacia de la oratoria sagrada y su superioridad sobre la profana, nacen de la grandeza de los asuntos que trata y de las fuentes en que bebe sus enseñanzas. Los profundos misterios del tiempo y la eternidad, los destinos inmortales del hombre, la terribilidad de los juicios de Dios, las severas reglas de la moral, son intimadas al auditorio, desde la cátedra sagrada, en nombre de Dios y con la autoridad que Él comunica á sus ministros, quienes, deben emplear en sus discursos, para convertir á sus oyentes, según el consejo de San Pablo, «no las palabras persuasivas del humano saber, sino los efectos sensibles del espíritu y de la virtud de Dios»².

La Escritura, la Tradición, los libros de los Padres y Doctores, las enseñanzas de los Concilios y de los Sumos Pontífices, las obras de los teólogos y canonistas, y como auxiliares las de los autores profanos, forman el fecundo arsenal de donde el orador sagrado saca doctrina y recursos para instruir y convencer al auditorio. «En la Biblia existe, ante todo, una elocuencia admirablemente variada, admirablemente rica y digna de los más grandes objetos», dice León XIII. «Esto es lo que San Agustín comprendió y perfectamente demostró, y lo que la experiencia permite comprobar en las obras de los oradores sagrados. Ellos debieron principalmente su gloria al estudio y á la meditación de las Sagradas Letras, y en esto dieron testimonio de su gratitud hacia Dios.»³

¹ Cf. *Drioux*, Cours d'histoire, de géographie, de littérature.

² «Sermo meus et predicatio mea non in persuasibilibus humane sapientie verbis, sed in ostensione spiritus et virtutis» (1 Cor. II, 4).

³ «Hec propria et singularis Scripturarum virtus, a divino afflatu Spiritus Sancti profecta, ea est, que oratori sacro auctoritatem addit, apostolicam

El amor á Dios y al prójimo, el culto de la verdad, el deseo de que ésta se difundiera, el celo ardiente por el bien de los demás, la unión sobrehumana que el Señor comunica á la palabra sacerdotal, la caridad, en fin, que, conforme al dicho de San Pablo, «no busca su provecho» son los móviles del orador sagrado, el resorte de sus diarias conquistas, y la causa de la asombrosa transformación que obtiene en los pueblos dominados antes por el error y el vicio.

8. Juicio del Padre Didon sobre la predicación de nuestro Señor Jesucristo. — De Jesucristo nuestro Señor, cuya elocuencia, sin ser humana, es el modelo ideal del predicador evangélico, dice el Padre Didon¹:

«Ningún orador popular puede compararse, ni aun desde el punto de vista de la elocuencia. Jesucristo está á la cabeza de esa milicia santa que ha recibido de Dios el secreto de conmovér á un pueblo, sin excitar sus pasiones terrestres. Jamás brotó de sus labios el menor sofisma, la menor alteración de la verdad. Supo condescender, sin lisonja, con la debilidad de sus oyentes. Su palabra fué siempre apropiada á su auditorio, y por esto usó con sus discípulos, en la intimidad, diverso lenguaje del que empleó con los fariseos y letrados, y con el pueblo. A sus discípulos les abre el alma, de donde brota la verdad llena de ternura y de unión; ante los letrados hábiles acude á la Escritura, los confunde en sus discusiones con lógica irresistible, y los abruma, en su mala fe, con el peso de sus anatemas. Al pueblo expone su doctrina bajo el velo de las parábolas, porque la retórica judía gustaba de las imágenes.

prebet dicendi libertatem, nervosam victricemque tribuit eloquentiam. Quisquis enim divini verbi spiritum et robur eloquentiam refert, ille non loquitur in sermone tantum, sed et in virtute et in Spiritu Sancto et in plenitudine multa (1 Thess. I, 5)... Hoc etiam assentiendum est, inesse in sacris Literis mire variam et uberem magnisque dignam rebus eloquentiam: id quod Augustinus pervidit disertique arguit (De doct. christ. IV, 6, 7), atque res ipsa confirmat prestantissimorum in oratoribus sacris, qui nomen suum assidue Bibliothorum consuetudini piasque meditationi se precipue debere, grati Deo affirmarunt» (Encycl. *Previdentissimus Deus*).

¹ En su obra: *Jésus-Christ*.

«Una de las principales dotes del orador, sobre todo del orador popular, es la oportunidad, sin la cual el poder y la vehemencia de la acción quedan estériles. No basta anunciar á un pueblo la verdad: es preciso apropiarla á la conciencia de ese pueblo. Mucha luz desvanece: el que no sabe moderar su brillo, ciega, en vez de iluminar. El tacto de la elocuencia es inspirado por el amor á la verdad y por el amor á los hombres. El que ama la verdad más que á sí mismo, busca el triunfo de ella, y no la expone, revelándola sin discreción, á la diferencia ó al desprecio; el que ama á los hombres compadece su debilidad y la mira con respeto, no comunicándoles sino lo que pueden entender. El método de Jesucristo en su enseñanza popular, manifiesta su exquisita prudencia. Él, que venía á este mundo á *dar testimonio de la verdad*, la amó hasta la muerte. Todas sus palabras revelan mesura y reserva: *no arrojó las margaritas á los cerdos, ni dió las cosas santas á los perros*. Su amor á su pueblo, á su país, á los hombres á quienes quería salvar, resplandece en todos los hechos de su vida. Conoce la debilidad humana, sus preocupaciones, su ignorancia, su dureza é incapacidad, y tiene compasión de ellas. Es paciente, porque sabe que su evangelio y doctrina, destinados á iluminar á los siglos, tendrán necesidad de siglos para penetrar en todos los espíritus y renovar el mundo, á causa de la malicia humana.»

Estas palabras del célebre dominico, á la vez que un cumplido elogio de la admirable predicación del Salvador, manifiestan también los arduos deberes del orador sagrado y el método que ha de emplear para que su palabra produzca frutos de vida eterna.

CAPÍTULO NOVENO. LAS CIENCIAS.

1. Variedad de las ciencias: clasificación.—2. Importancia de las ciencias en general, y de las puramente racionales ó filosóficas en especial.—3. Dios y la naturaleza.—4. La Iglesia católica no rechaza las ciencias naturales ni el progreso material.—5. Acusaciones infundadas que se le hacen como á enemiga del adelanto científico y material.—6. Sabios cristianos que se distinguan en el campo de las ciencias naturales.

1. Variedad de las ciencias: clasificación.—Dado el hombre de facultades nobilísimas, estimulado por muchas necesidades físicas y morales, y rodeado de innumerables objetos que llaman su atención, siente dentro de sí un impulso vivo de saber y razón dase de las cosas. Este *instinto de curiosidad*, este deseo de conocer, innato en nuestro espíritu, y que nos acompaña desde la primera edad, da origen al cultivo de las ciencias y manifiesta, además, la limitación de nuestras facultades y la ignorancia en que estamos acerca de muchísimas verdades, para cuya adquisición necesitamos trabajo constante y bien dirigido.

La ciencia es un tesoro inestimable que el hombre debe esforzarse en poseer y acrecentar cada día, á fin de nutrirse con la verdad, pan del espíritu, y de enriquecerse con un sinnúmero de conocimientos utilísimos, ilustración de la inteligencia y fecundo provecho en las múltiples exigencias de la presente vida.

El ideal de la ciencia, dice un autor, es conocerlo todo y explicarlo todo; pero esta ciencia *universal y absoluta*, síntesis de todas las ciencias particulares, es propia y exclusiva de Dios. El hombre, finito y limitado, no puede alcanzarla; pero mediante el cultivo de las ciencias especiales, que aumentan á menudo y se desenvuelven gradualmente, le es dado ensanchar los conocimientos á diario y acercarse al ideal científico.

Es indudable que esta aspiración de saber más y más, experimentada por el hombre, le impulsa á la labor intelectual y constituye uno de sus timbres de gloria; puesto que, ejercitando sus facultades cognoscitivas, llega á enseñorearse del